

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DON AGUSTÍN RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ

SRES. ACADÉMICOS:

Por caso fortuito o por deliberado propósito, es hoy un sacerdote el encargado de dar el parabién al nuevo académico, que viene del campo de las armas. En España es ya tradicional la buena hermandad entre la Iglesia y el Ejército, entre la espada y la Cruz. Juntas han caminado éstas casi siempre en las vicisitudes de nuestra historia: la espada, defendiendo los fueros de la Religión y abriendo camino a los misioneros, y la Cruz, guiando en ocasiones al combate, campeando sobre los pendones como emblema de justicia, consagrando sacrificios heroicos y despertando supremas esperanzas en los que morían puesto el pensamiento en la Patria, simbolizada en la bandera, y puesto el pensamiento en Aquel que en la Cruz dió su vida para redención del humano linaje.

El mismo día elegido para esta recepción me hace más grato el cumplimiento de este deber; pues si el cuerpo de Artillería, a que pertenece nuestro compañero, celebra hoy la fiesta de su patrona, Santa Bárbara, este nombre es también para mí evocación de dulces cariños familiares.

Fácil sería mi tarea si sólo se me hubiese encomendado dar la bienvenida al nuevo académico; pero el ritual pide que en estos casos se haga la presentación del recipiendario, y aquí comienzan mis apuros, no por falta de méritos de éste, sino por exceso de modestia suya y por desmaña y falta de habilidad mías.

Con decir que el Sr. Serichol pertenece al cuerpo de Artillería, todos habéis inferido ya que es persona de gran cultura, y si añadido que, dentro de ese cuerpo, es comandante, adivinaréis ya una larga serie de servicios prestados a la Patria. Los siete años que sirvió en Marruecos, la campaña de Tetuán de 1915 a 1917

en que intervino y las cinco cruces del Mérito Militar que ostenta sobre su pecho, pruebas son de que no ha considerado el uniforme como puro ornato decorativo, sino como emblema de una vida de actividad y de sacrificio.

De los cuatro años que ha estado en la Fábrica de Armas quedará como perpetuo recuerdo una nueva fabricación: la de espoletas, para lo cual le ha sido preciso montar varios talleres, que a la vez que pregonan la competencia científica del señor Serichol, son testimonio de perseverante amor al trabajo diario, constante, silencioso, que huye de exhibiciones, sacrifica lo vistoso a lo útil y con abnegada paciencia aporta cada día su contribución al engrandecimiento de la Patria, que en este caso es también el engrandecimiento de Toledo.

Pero nunca las armas estuvieron reñidas con las letras, antes nuestra historia literaria registra larga serie de autores que supieron coronar su frente con los laureles de la victoria, ganados en los campos de batalla, y con esotros que se conquistan en el campo, más pacífico, de las letras. El nuevo académico es también un cultivador de las letras. Lo demostró en no pocos artículos periodísticos dedicados al «Quijote», y en la revista profesional, de merecida fama, «El Memorial del Arma de Infantería». De sus aptitudes de polemista guarda, sin duda, recuerdo cierto compañero suyo que, tráfuga del Ejército, ingresó en las filas del socialismo, y, para cohonestar de algún modo su deserción, se creyó en el caso de injuriar al mismo Ejército en que poco antes había militado.

Pero si no bastara lo dicho, ahí está el discurso que acabáis de escuchar. Yo no puedo suscribir todas las afirmaciones del autor; en el orden doctrinal hay algunas que, a mi juicio, piden reservas; tampoco comparto su admiración hacia autores que si en el orden religioso-moral profesan y enseñan ideas inadmisibles, en el orden puramente literario han alcanzado, por circunstancias varias, un crédito superior a sus méritos y una opinión que la posteridad, según yo creo, no confirmará. Mas no por esto deja de mostrar el Sr. Serichol cualidades excelentes de literato, que ha sabido conquistar vuestra atención con su agilidad en el discurrir, con su brillante imaginación, con su estilo transparente y fácil, de abundante léxico y coloreado de expresivas metáforas, con sus paradojas llenas de ingenio, y con su gracejo, en que retozan el donaire, la ironía y aun la caricatura.

El *Quijote* es el libro predilecto del Sr. Serichol. Nuestro nuevo compañero, según él mismo nos ha declarado, es un quijotista, no un cervantista. Le interesa el libro más que el autor. Y con razón, a mi juicio; porque si bien el libro de Cervantes es tal que sólo pudo ser escrito por un genio, todavía es cierto que la obra es muy superior a quien la escribió. Es que Cervantes no fué autor único del *Quijote*. Lo fué de otras muchas obras que apenas bastarían para darle un puesto de honor en la república literaria. En el *Quijote* tuvo por colaborador al pueblo español, a la vida española, al alma de España. Cuando esa colaboración le falta, su inspiración decae, su mismo estilo se amanca y hace conceptista, y su lenguaje es pobre de color y de vida. Pero apenas describe lo que sus ojos vieron, la vida que bullía en torno suyo, Cervantes vuelve a ser Cervantes, es decir, vuelve a ser genio. De ahí que el *Quijote*, que es el libro en que más colaboró con él el pueblo español, en todas sus clases sociales, es su obra cumbre.

Y del literato nació el artista. Del estudio y meditación del *Quijote* nació ese proyecto de monumento al Quijote, que, por ser conocido de todos, y por estar descrito en la conferencia que sobre este particular dió y después imprimió el autor, no voy a describir.

Yo no sé si ese monumento colosal llegará a levantarse un día en los campos de la Mancha; probable es que su misma grandiosidad sea sudario que lo envuelva en la tumba del olvido, a donde van a dormir eterno sueño muchas bellas ilusiones. Muy de temer es que el pueblo que ofreció a Cervantes los modelos para su obra, no tenga alientos para gastar 40 millones de pesetas en un monumento que simbolice los ideales caballerescos de Don Quijote, templados con el positivismo a ras de tierra de Sancho. Quizás algún descendiente de éste—pues, aunque la historia no lo diga, consta que los dejó numerosos—diga que con 40 millones se puede construir uno de los cuarenta ferrocarriles o carreteras que nos faltan. Por ventura alguno piense que el mejor monumento, el más expresivo, el más duradero, que se puede levantar al *Quijote*, es.... el *Quijote* mismo, el libro inmortal de Cervantes. Estas y otras objeciones podrían oponerse, y no sin fundamento, al proyecto de monumento ideado por el señor Serichol.

Mas lo que nadie podrá negar es la novedad de la invención,

la grandiosidad del proyecto—obra de artista y de ingeniero a la vez—y, sobre todo, la audacia innovadora con que el autor plantea el problema de cómo han de ser los monumentos conmemorativos, y de cómo el arte puede hermanarse con los progresos de la técnica constructiva.

Y esto nos lleva de la mano a glosar brevemente, según las circunstancias lo piden, las opiniones de nuestro nuevo compañero sobre el arte toledano, que no son, en parte, sino aplicación de sus ideas estéticas esbozadas ya en el citado proyecto de monumento al *Quijote*.

* * *

Que en Toledo hay un problema artístico, es cosa patente y clara. Problema que ha salido ya de la categoría de asunto doméstico y se ha convertido casi en tema nacional. Por lo menos ha salido ya de nuestra ciudad, se discute en los periódicos de Madrid y en las Academias nacionales, y es materia de disposiciones gubernativas.

Bien es verdad que si de fuera nos vienen buenos consejos, no nos viene con ellos el dinero que sería preciso para dar solución a este problema en que, a menudo, se mezcla el arte puro con las impurezas de la realidad.

Los toledanos tenemos en mucho la estima que se hace de nuestro arte; pero creemos también que a nosotros, en primer término, corresponde el derecho y la gloria de defenderlo conforme a nuestras ideas y conveniencias y sin supeditar nuestro juicio al de los que, en una excursión dominguera, dejan rienda suelta a sus entusiasmos artísticos y nos improvisan lindos planes con ese desembarazo de quien no piensa ejecutarlos.

Culpables de ello somos los que aún no hemos sabido concertarnos acerca de un plan de acción, porque nos hallamos todavía en ese período que podemos llamar *lírico*, en que, con cánticos a nuestras glorias pasadas, ocultamos la falta de normas concretas de acción. Hora es ya de que vengamos a la práctica. Y puesto que todos los toledanos—sin esos aditamentos de *tipistas* o de *toledanistas*, que nada significan y para nada sirven—coincidimos en el amor de Toledo, demos de mano a todo lo que nos divide para ejecutar siquiera aquello en que vamos de acuerdo.

Exponer cada uno lealmente su opinión sobre este particular,

sin exclusivismos, sin intransigencias, sin agravio de nadie, con ánimo de concertar voluntades, no de separarlas, es un linaje de cooperación que no debemos regatear a Toledo.

*
*
*

Para algunos todo el problema se cifra en una sola palabra: *conservar*. ¿Pero qué es lo que debemos conservar?

Todo lo existente, se ha escrito en letras de molde. No se toque ni una piedra ni un ladrillo. ¿Pero es que son dignas de tal honor esas cosas que el Sr. Serichol señalaba como merecedoras de una demolición urgente? ¿Son dignas de conservarse fachadas - y son las más—donde brilla toda la gama de los colores del iris, sin historia, sin belleza y sin tradición ninguna? Pues entonces venga esa verja que los amigos de frases hechas piden para Toledo. Venga esa declaración de todo Toledo de monumento nacional que algunos han pedido, sin advertir que piden la consagración de un siglo de desafueros artísticos, y que para resolver un problema lo complican y enmarañan.

Consérvese, dicen otros, todo lo antiguo. Pero no reparan en que la antigüedad es cosa relativa y que esta palabra, para que tenga un sentido preciso, necesita que se determinen los linderos entre lo antiguo y lo moderno. ¿Dónde pondremos ese límite? ¿Tan lejos, que sólo merezcan conservarse contados monumentos, o tan cerca que se dé por antiguo aun lo que hicieron las últimas generaciones?

Otros, usando una palabra que ha tenido alguna fortuna entre los poco amigos de esfuerzos mentales, han echado mano de la palabra *típico*, que ha venido a ser su único programa. *Consérvese*, dicen, todo lo que es típico. Pero típico es un aduar moro. Típicas, pintorescas, son muchas cosas de Toledo, que ninguna persona culta echaría de ménos.

Bien está, pues—y todos convenimos en ello—, el conservar; pero con discreción, lo que merezca ser conservado. Todo lo que sea manifestación de arte, por sencillo y rudimentario que parezca; todo lo que rememore nuestras glorias; todo lo que evoque una tradición digna de recuerdo; todo cuanto sugiera un sentimiento de belleza; todo, en resumen, cuanto tenga algún mérito artístico o arqueológico, en el sentido amplio que hoy se da a esta palabra, consérvese y defiéndase como un tesoro doblemente

querido, por ser tesoro y por ser heredado. Pero no se lleve la idolatría del arte hasta declarar intangibles edificios donde no queda ni una puerta característica, ni una reja digna de tal nombre, ni un alero o un saledizo que hagan pensar en lo pasado. No se nos vendan por dignos de conservarse lugares que no recuerdan sino hechos vulgarísimos o tradiciones que se dicen toledanas y que fueron inventadas por literatos de menor cuantía en las dos horas que tarda el tren de Madrid a Toledo; o parajes que nada dicen al común de los mortales, aunque se empeñen en decirnos que son muy poéticos y evocadores algunos soñadores románticos, de esos que hacen madrigales a la luna.....

Empeñarnos en conservar todo eso es el mejor camino para que todo vaya desapareciendo mientras perdemos el tiempo en discusiones bizantinas. Confundir en la misma admiración a lo que tiene mérito artístico o arqueológico y a lo que carece de ello, ni es cordura ni tiene eficacia para el fin que se intenta. Reduzcamos el campo de nuestra ambición y hagamos una selección razonable. Comiéncese —y me atrevo a brindar esta idea a nuestra Academia— por hacer un catálogo de todo cuanto parezca digno de conservarse, y aunemos después todos nuestros esfuerzos para defender, siquiera como programa mínimo, ese patrimonio histórico-artístico y para buscar medios de que, respetando los derechos que merezcan respetarse, pongamos a salvo de los atentados de la ignorancia o de la codicia esa herencia que, en algún sentido, podemos llamar colectiva, porque todos tenemos parte en ella.

Porque éste, señores, es otro problema que viene a complicar el ya difícil de la selección. Tiene sus fueros el arte, y los tiene también Toledo como colectividad social; pero los tiene asimismo la propiedad individual, y no será conforme a razón que con esa especie de socialismo artístico-arqueológico que algunos propugnan se haga pagar a precio demasiado caro el tener una casa en Toledo, y que en provecho de unos pocos que benefician el turismo y de los muchos que nos visitan, a veces más con espíritu de curiosidad que por verdadero amor del arte, pesen gabelas excesivamente onerosas sobre muchos toledanos que, no por ser amantes del arte, se ven dispensados de los duros apremios de la vida.....

Problemas son estos que no pueden resolverse a la ligera en la charla frívola de amenas tertulias, porque con frecuencia será

preciso hermanar intereses contrapuestos, y hay un punto en que se entrecruzan y confunden el arte puro y los intereses materiales, los goces estéticos y el código civil.

*
* *

¿Pero está ya hecho todo con conservar la herencia recibida? Pobre y mezquino programa sería éste. Podrá ser suficiente para un museo, no para una ciudad que vive y quiere vivir. Una ciudad-museo sería una ciudad-necrópolis, y Toledo, aunque no puede compararse en exuberancia de vida con otras ciudades, no es una ciudad muerte. Y una ciudad viva, por escasa que sea su energía vital, se renueva a la continua, a la manera que se renuevan sin cesar las células de nuestro organismo; sino que en la vida orgánica el tiempo se cuenta por días y por años, y en la vida de las ciudades se cuenta por siglos.

Con nuestras protestas o con nuestra aquiescencia, la renovación se hará y debe hacerse. Sí, debe hacerse, porque los toledanos de hoy no podemos allanarnos a que cuando nuestros sucesores lean la historia de Toledo grabada en sus monumentos—y para el caso el edificio más humilde es un monumento que revela una preocupación, un afán—se pregunten si los toledanos del siglo XX padecieron un eclipse de actividad, o como fakires de la India pasaron sus días en letárgico sopor. Debe hacerse, porque no queremos que en nosotros quede truncada nuestra historia. Debe hacerse, porque a los pueblos como a los individuos, cuando se detienen en su camino de progreso, les acecha ya la muerte. Debe hacerse, por último, porque mirar a lo pasado renunciando a imitar y emular y aun superar los ejemplos laudables que ese pasado nos ofrece es propio de pueblos en decadencia; que por algo las águilas imperiales de nuestro escudo miran una hacia atrás y otra hacia adelante, como para enseñarnos que otro tanto debemos hacer nosotros.

Y se hará la renovación, porque los toledanos de hoy, a través de las estrechas ventanas de nuestras casas, nos asomamos también al mundo; porque se transforman y renuevan muchas ideas y nacen nuevos gustos y la ciencia nos trae a diario nuevos progresos, a los cuales, aun los más amantes del arte, no queremos renunciar. Se hará, digo, la renovación, porque si llegase el caso—inverosímil desde luego—en que hubiese conflicto entre el

arte antiguo y las exigencias de la vida moderna, el instinto de conservación sacrificaría el arte antiguo como lo sacrificaron nuestros mayores, para sustituirle con un arte nuevo, que hoy es ya antiguo y blanco de nuestra admiración.

Muchas cosas típicas han ido desapareciendo así sin protesta de nadie. Cosa por extremo típica eran los aguadores de Toledo, pues en toda España se los tomaba como punto de comparación para expresar la abundancia de una cosa, y nadie les dedicó el tributo de una elegía cuando las cañerías nos trajeron el agua. Cosa típica eran las clásicas diligencias y todos preferimos viajar en tren o en automóvil. Quisieran muchos forasteros darse un paseo por nuestras calles sin más luz que la de la luna; pero a nosotros, los toledanos, nos sería gratisimo que todas las calles tuvieran luz suficiente para poder competir con la del astro de la noche. Unas calles bien asfaltadas desdecirían algún tanto del arcaísmo de Toledo; pero los más—y de esta misma opinión eran ya aquellos cortesanos de Carlos V, que decían pésetes de las calles de Toledo llenas de barro cuando llovía o nevaba—las preferiríamos al deplorable estado que hoy, como en tiempos de Carlos V, ofrece, por ejemplo, en los días de lluvia, la calle de más tráfico de Toledo, la que va de Zocodover a la Puerta de Visagra.

Hoy, señores, un balcón de cemento en Toledo es una provocación, un escándalo, una profanación abominable; pero quizás llegará día en que los progresos de la técnica constructiva impongan, aun en Toledo, el cemento como medio usual de construcción, y bien podrá ser que entonces veamos una torre de cemento armado al lado de la de la Catedral, y junto a este salón mudéjar un arrogante rascacielos.

Lo que importa, pues, no es detener la natural evolución, sino el encauzarla y dirigirla. Que los torrentes no se detienen con diques, sino que, o con embalses se los regula o con cauces adecuados se los desvía y utiliza. Eso mismo debemos hacer nosotros: moderar la corriente desenfrenada del arte actual, que con harta frecuencia no tiene más ley que el capricho, encauzarlo, enderezarlo para que, en lugar de destruir lo antiguo, lo respete, y con la aportación de lo nuevo dé mayor realce a lo que ya existe.

Las más de las veces será posible hermanar el arte antiguo con los progresos de una ciudad civilizada; y el Sr. Serichol nos

ha mostrado cómo puede hacerse en muchos casos; su mismo proyecto de monumento al Quijote es una prueba de ello. Pero si, por caso inverosímil, fuese preciso optar entre el patrimonio artístico y las necesidades de la vida, sería preciso establecer una valoración puntual y resolver en consecuencia. Preclaro florón del arte toledano son sus murallas. Yo no sé si sería grave atentado abrir en ellas una puerta para desembarazar el paso por la puerta Visagra, harto estrecha para una ciudad del siglo XX.

Ignoro también si habrá otra solución más aceptable, pero ante el riesgo, más que posible, de que, con el continuo crecer del tráfico, un día muera atropellado por un auto uno de los centenares de niños que por ahí pasan a diario, yo no vacilaría en decir—si no hay otra solución—: perezcan unos metros de muralla y sálvese una vida.

Mas esto, repito, será la excepción; lo ordinario será que puedan concertarse el respeto del arte y las necesidades de la vida.

**

Pero aquí tocamos otro punto de importancia; y será ya el último de que me ocupe.

Puesto que la renovación es moralmente inevitable, ¿qué estilo ha de preferirse en Toledo?

La cuestión es tan compleja, que no puede resolverse en pocos instantes. Lo primero sería indagar si en Toledo tenemos un estilo de edificación propio, o, cuando menos, un estilo con modalidades características de nuestra ciudad, porque, siendo así, tendríamos ya señalada una orientación. Mas aun esto presupuesto, entiéndase que la labor de los arquitectos no habrá de ser de pura imitación, y mucho menos de copia servil, sino de adaptación, de evolución armónica. Las reconstrucciones arqueológicas son casi siempre frías y dan sensación de cosa muerta. Mérito del artista será adaptar los elementos del arte antiguo a las necesidades de los tiempos nuevos, recogiendo lo que en ese arte haya de vital y perenne, infundiéndole nueva savia, añadiéndola modalidades nuevas, que, sin saltos bruscos, sin amalgamas disonantes, sin acoplamientos anárquicos, enlace el hoy con el ayer, y continúe y lleve a perfección la obra de los artistas anteriores.

Sería preciso distinguir también entre edificaciones monumen-

tales y la sencilla vivienda, en la cual hay una tradición más definida: que es el uso de la mampostería y del ladrillo, con cuyo empleo logró variadísimos efectos la pericia de los alarifes toledanos. Y dicho va también que el hierro y la cerámica—industrias hoy, por ventura, restauradas—ayudarían, como ya indicó el Sr. Serichol, a obtener edificios de traza sobria y elegante.

Y no se objete que lo nuevo diría mal con lo antiguo, porque, fuera de que en el arte, cuando es arte verdadero, y no fruto de imaginaciones desatadas, como acaece en muchos edificios modernos de las grandes capitales, la variedad y el contraste son fuente de nueva belleza y de goce estético, el tiempo, que es destructor de estridencias, ennoblece luego lo que ahora es moderno con la aureola de una tradición y de una historia, y el sol y los agentes atmosféricos, dorando o ennegreciendo las piedras nuevas y flamantes, acaban por fundir en concierto y unidad lo que ahora parece desbarajuste y atrevimiento. Cuando al lado de la Catedral se levantó el Ayuntamiento y después el Palacio Arzobispal, probable es que los *tipistas* de entonces—si por acaso había alguno en Toledo—protestasen de que se rompiese la armonía con estilos tan diversos; lo cual no obsta para que hoy alabemos la severa majestad del conjunto que ofrecen esos edificios.

* * *

Y no quiero molestar ya más vuestra atención con consideraciones que parecerán ociosas, porque forzosamente han de ser repetición de las ideas que con tanta viveza, donosura y gracia ha expuesto el nuevo académico.

No he pretendido dar soluciones, sino puramente encarecer la importancia de este tema, de perenne actualidad en Toledo. De actualidad, digo, porque toca a la entraña misma de la vida de la ciudad. De actualidad, también, porque con haber sido tan discutido, poco se ha andado aún en el camino de la solución; si bien es de justicia reconocer que algo ha despertado la conciencia ciudadana, pues no sólo no son ya tan frecuentes los atentados contra el arte, sino que se observa en algunos propietarios de casas un loable deseo de acertar, que sería conveniente estimular con algún premio, o por lo menos con asesoramiento artístico, lo cual no sería difícil de conseguir si juntasen sus

esfuerzos las autoridades municipales, los artistas y las instituciones que tienen este fin inmediato.

Por dicha, señores, Toledo, con ser mucho lo que se ha destruído, desfigurado o exportado, conserva aún sobrado para enriquecer a varias ciudades. Tiene, en primer lugar, algo de que no podrán despojarla errores y desaciertos: la luz incomparable de su cielo, el ceño adusto de sus riscos, la sonrisa de sus vegas, la música perenne de su río, el trono de roca donde se asienta, los rincones de sus calles y, sobre todo, veinte siglos de historia—que es a la vez la historia de España—esculpidos en sus piedras.

Tiene, además, esos monumentos a quienes su grandeza misma preserva de viles atentados, porque si los toledanos nos olvidásemos tanto de lo que debemos a nuestro arte que los cometiésemos o los tolerásemos, hasta de los últimos rincones de España se levantarían voces condenatorias.

Pero además de esos monumentos cuyos nombres se escriben con letra mayúscula, tenemos otros, casi sin nombre y sin historia, que se cuentan por centenares: monumentos que podríamos llamar de arte menor, diseminados por toda la ciudad, dispersos por humildes plazoletas u oscuras callejuelas; pinceladas de este gran cuadro, notas de esta sublime sinfonía, fruto acumulado de muchas generaciones de oscuros artistas que no lograron el galardón de que su nombre quedara vinculado a su obra; monumentos que son más nuestros, porque son menos individuales, como nacidos al calor de un arte popular que, al cabo de los siglos, mejor aún que ese otro arte que podemos llamar aristocrático, palpita de vida y nos habla, con un lenguaje en que se mezcla la *fabla* primitiva con el decir clásico, de las inquietudes y afanes de aquellos que lo engendraron.

Y este arte, como más expuesto a ir desapareciendo lentamente, es el más necesitado de nuestra tutela y protección.

Mas esta protección no ha de esperarse únicamente de las leyes y reglamentos oficiales. Ha de ser obra de comprensión afectuosa, de cariño efusivo, de colaboración social, de cooperación y esfuerzo de los hijos de Toledo.

Lo cual no se conseguirá con líricos arrebatos y discursos elocuentes, sino con el estudio reposado y sereno, investigando la historia de nuestro arte y de nuestros artistas, valorando nuestros monumentos, fomentando la educación artística ya desde la

escuela y ese sentido estético de que, como habéis oído, carecemos los toledanos; aunque por ventura fuera más exacto decir que, por una hipersaturación de arte, lo tenemos adormecido; porque, si va a decir verdad, yo apenas acierto a entender que en este ambiente de arte haya un toledano que no lleve dentro de sí un artista, como no acertaría a entender que en este ambiente de luz y de poesía hubiese un balcón sin flores.

*
* *

Sean mis postreras palabras en este acto para reiterar mi parabién al nuevo compañero que hoy viene a compartir los trabajos de esta Real Academia. Su primera aportación ha sido su discurso de entrada. Detrás vendrán otros frutos de su ingenio y, en particular, la historia de la Fábrica de Armas, que sabemos tiene ya comenzada.

Sirva su preciada colaboración para enaltecer más y más el nombre de Toledo y para honor y prez de esta Real Academia.

A. Rodríguez.

Toledo, 4 de diciembre de 1927.



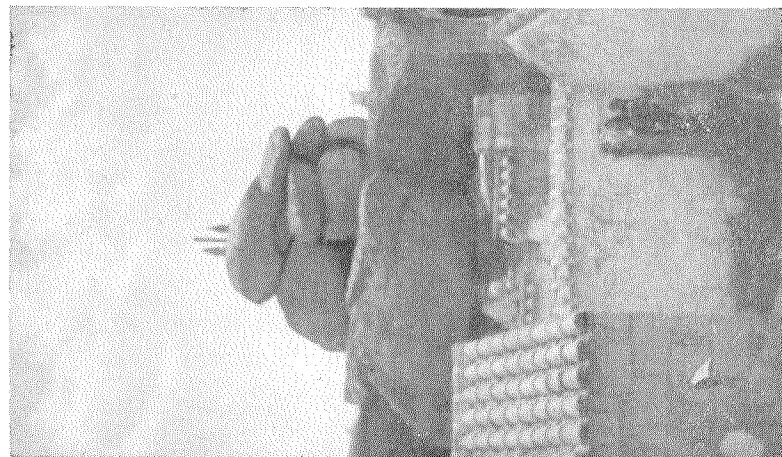
Detalle de algunas de las viviendas trogloditas de Ontigola.

(Cliché del autor.)



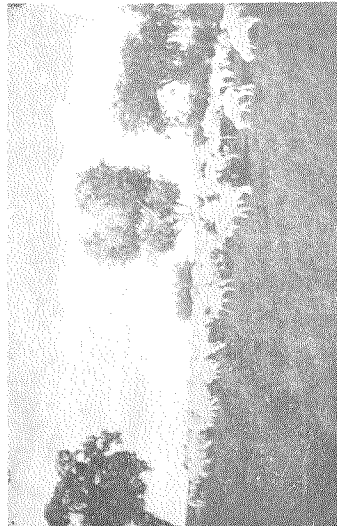
Un borrico de Polán (Toledo) con el amuleto de asta de ciervo, colgado al cuello.

(Cliché del autor.)



Formas naturales de erosión, imitativas de monumentos megalíticos, en Ventas con Peña Aguilera.

(Cliché del autor.)



Dos momentos interesantes, del vivir castellano, en las cercanías de Toledo.

(Cliché del autor.)